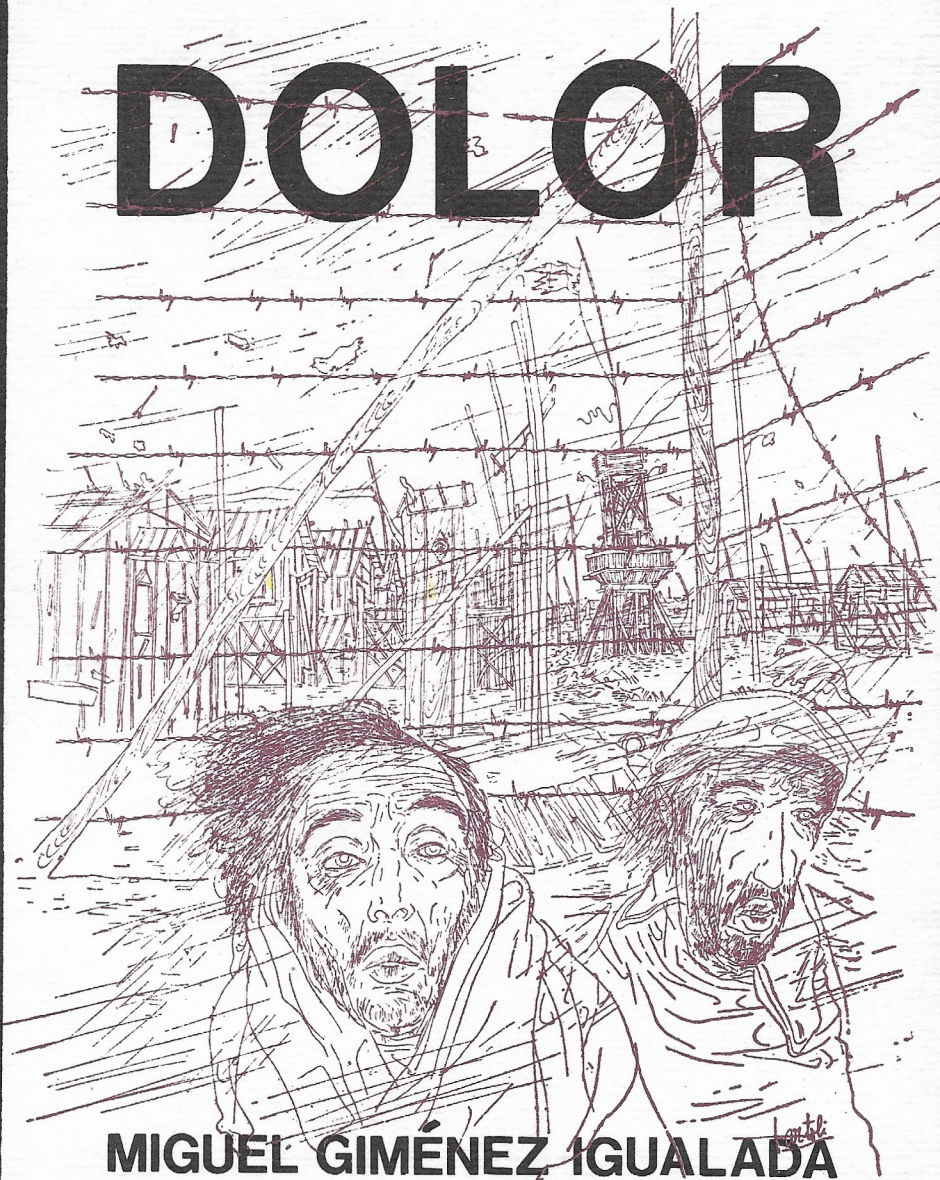


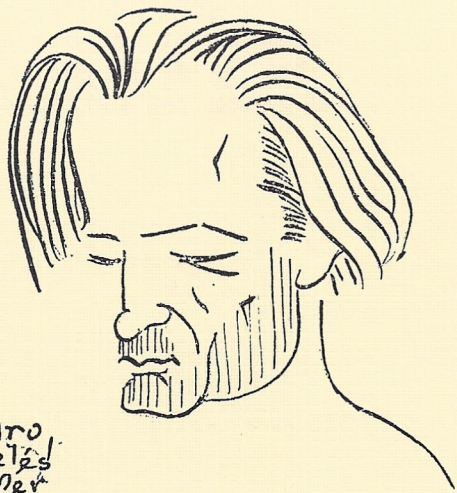
DOLOR



MIGUEL GIMÉNEZ IGUALADA *Learte*

En honor de don Gilberto Bosques,
por su gran bondad y por su recia
hombría, al arribar a México,
libre ya de la garra de Hitler,
de quien fue prisionero. [1]

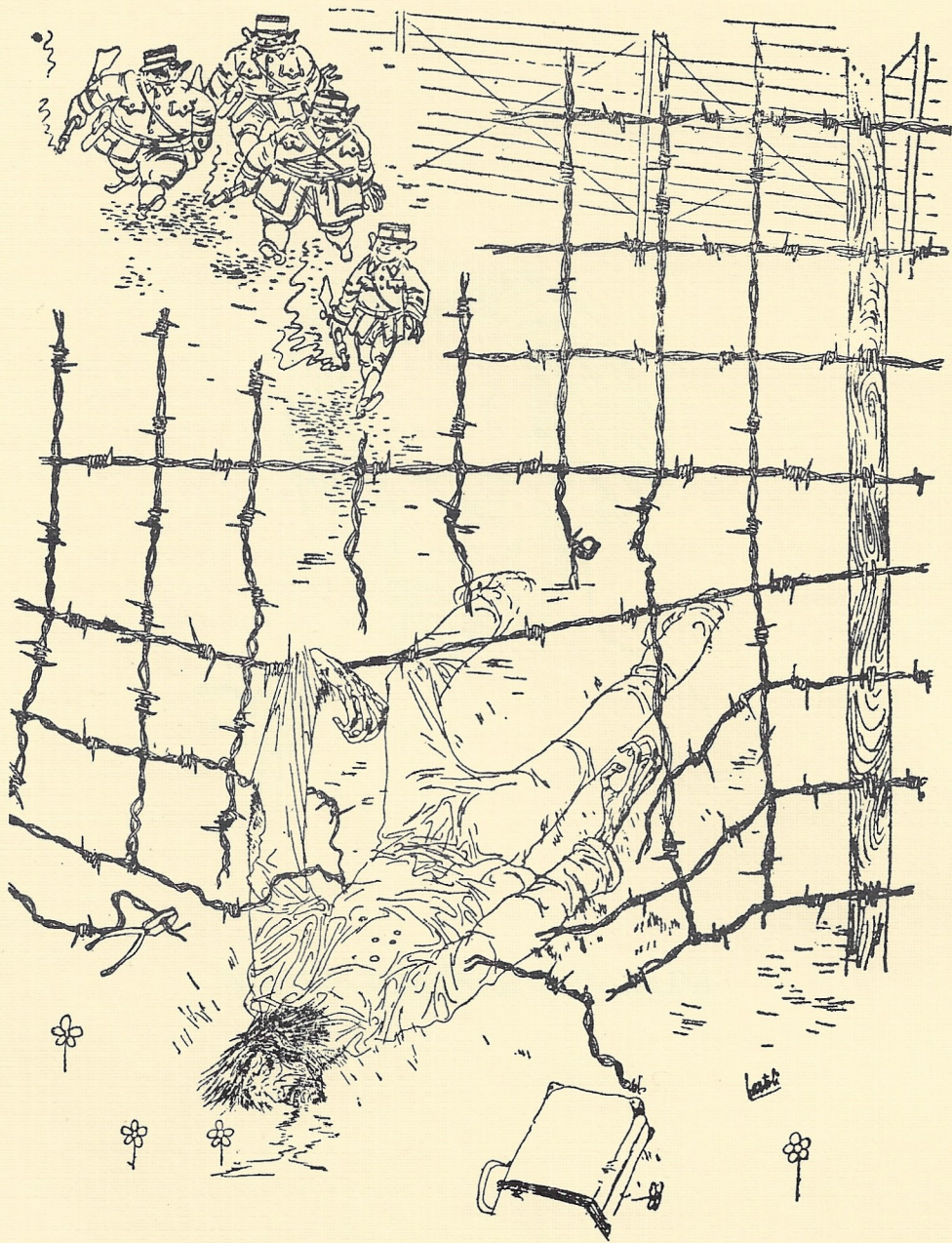
[1] Don Gilberto Bosques, Cónsul General de México en Marsella cuando las huestes de Pétain cazaban a los refugiados españoles para entregarlos a las hordas de Hitler, ofreció seguro asilo a los perseguidos, salvando a millares de una muerte segura. Por ello merece gratitud eterna.



MIRO
← Argelès
sur Mer
1940

MIGUEL GIMÉNEZ IGUALADA

La alegría se enoja con
los cascabeles de todas las
risas y se viste como la luz,
su hermana, con todos los
colores; pero la tristeza no
tiene más que un tono. Por
eso se me cayó la lira de las
manos al querer hacer vibrar
sus cuerdas con mi dolor y
hube de recoger mi viejo
monocordio para expresar en
un lamento toda la negra
angustia de mi corazón.



I

Permitidme que lllore, compañeros que
vivisteis muriendo conmigo durante tres años en
los campos de concentración;

Permitidme que lllore, españoles que
arribasteis, gozosos, a estas tierras del amor;
permitidme que lllore, mexicanos que
abristeis vuestros brazos al dolor.

Jamás el martirio me arrancó una lágrima,
que los hombres no lloran nunca su dolor;
pero hoy tengo un nudo en la garganta,
y es necesario que el llanto lo deshaga para que
pueda hablar mi corazón.

Permitidme que lllore, compañeros, que
lloro de alegría y de emoción:
de alegría...
por El,
por el que se ha salvado;
y de angustia..
por Ellos,
por nuestros compañeros,
por los que se quedaron,
por los que perecieron.

Los bien nacidos saben agradecer,
porque saben querer,

y en tierras castellanas levántanse en
los pechos altares al amor.

Permitidme que llore, compañeros, que
lloro de alegría y de emoción.

Y esta alegría sana que anuda mi
garganta,

y esta humana emoción que se vuelca
hacia adentro y baña el corazón,

lavan mis viejas penas para que pueda
entonar un nuevo canto a la esperanza y al amor.

Permitidme que llore, compañeros, que
las lágrimas son la expresión de nobles
sentimientos cuando tienen por manantial una
conciencia limpia y un puro corazón.



II

Yo creo en la bondad y en el amor,
porque creo en el hombre--y esta es mi religión--.
Y creo en la bondad, porque he recibido
mercedes de Hombres Bondadosos,
y creo en el amor, porque él me ha
abuenado al hacerle cuna en el regazo de mi
corazón.

Yo creo, compañeros, en la bondad humana
que abuena y temple,
y creo en el amor humano que aureola las
frentes y tiende los brazos al que se ahoga en el
dolor.

Yo creo en la bondad que el hombre crea
para dignificarse y embellecerse,
y creo en el amor que el Hombre crea
para propagarse y ennoblecerse.

Yo creo en la bondad terrestre, humana;
yo creo en el amor que nace y brota de
la carne del Hombre para refrescar la carne de
otro Hombre que se quema en dolor.

Y creo en la bondad terrestre, humana;
y creo en el amor que florece en la

carne del Hombre para perfumar otras carnes de
Hombre que, sufriendo, mueren en el dolor,
 porque creo en el Hombre,
 mi hermano en la tierra,
 mi hermano en el Dolor y en el Amor.

Yo creo en el hombre, compañeros
--y esta es mi religión.



III

El fuego ha devorado los árboles que
elevaban sus copas hacia las alturas para bañarse
en luz de soles y azul de firmamentos,
y en la selva,
convertida en tizón,
ya no hay pájaros que canten, desde el
alba, sus amores,
ni gotas de plata líquida, luz de
estrellas, con que los mundos lejanos, en las
noches rumorosas, tejían arabescos en la tierra.

En la selva,
todo:
agua y aire, tierra y luz,
se ha arropado con el manto de la
angustia.

Todo:
amor, esperanza, alegría e ilusión,
se ha vestido con crespones funerarios.
Todo cuanto rumoreaba y vibraba y nacía
y crecía y refulgía,
ha huido,
o, calcinado,
al morir
ha adquirido, hasta en la entraña,
el negror del carbón.

En la selva ya no hay trinos, ni

cantares, ni rumores, ni esperanzas.
En la selva devorada por el fuego, ya no
hay vida. En la selva requemada reina señora la
muerte. Y por miedo a lo deshecho,
por terror a lo oscuro, a lo negro y a
lo muerto,
ha huido la alegría,
y ha quedado
incrustado
en el agua,
y en el aire,
y en la tierra
y en la luz,
el dolor.



A Baixeraç Reunim i do
seus nos meunt.

IV

En el picacho más alto vive y vibra,
magnífico y altanero, un árbol bien enraizado,
y en sus ramas,
y arropados con sus hojas,
se guarecen los pajarillos cantores que
huyeron de la selva del dolor.

Gime el árbol, sacudido, en su raíz, por
el ciclón;
llora el árbol por las vidas que el
fuego consumió;
pero gimiendo y llorando, clava, hunde
sus raíces,
para ofrecer en sus ramas un abrigo
protector.

Y entre lágrimas y risas,
entre trinos y sollozos,
la vida recobra su lozanía,
porque en la cresta más alta,
desafiando huracanes,
un árbol hojoso,
¡un Hombre!
ofrece, como una madre,
su amor.



Nombres franceses han grabado, para siempre, los españoles en su corazón.

Nombres franceses que enseñarán a deletrear los padres a sus hijos;
que serán esculpidos en la roca viva de las crestas pirenicas para que se perpetúen en el tiempo, manteniendo vivo y fresco el recuerdo del dolor;

que, derramándose por los caminos, inundarán la península para que todos sepan y nadie olvide lo que son odio y crimen;

que protestarán eternamente contra la insolidaridad y el desamor.

Nombres franceses han grabado, ¡para siempre!, los españoles en su corazón.

Argeles sur Mer, Le Barcares, Gurs, el maldito Bram, el infernal Vernet, Collioure (castillo de la muerte), Rivesaltes (revoltijo de mujeres hispanas para pasto de senegaleses), el tejear de Les Milles, donde la mugre y el dolor alcanzaron lo ilímite, Saint Cyprien, Viller les Pots...

Campos de concentración con que Francia sembró su territorio para ahogar, en aprobio, el pensamiento hispano.

¡Alambradas!..., ¡más alambradas!...,

¡siempre alambradas!

Y fuera de ellas,
gendarmes,
soplones,
"compagnons",
moros,
senegaleses,
policías de todas las hampas,
soldados de todos los colores,
y jefes militares que ostentan en sus
pechos, que no en sus corazones, las insignias de
la Legión de Honor:

barrera fantasmal,
círculo de odio,
muralla de vileza
que estruja y asfixia,
araña y muerde,
calumnia y mata,
entre risas,
alegrías orgiásticas,
hartazgos,
borracheras hediondas,
inconsciencia brutal,
desprecio al hombre
y orgullo del crimen:
cieno humano, que es el más cenagoso de
todos los cienos.

Y dentro de ellas,
sabios,
pintores,
músicos,
escultores,
médicos,
literatos;
hombres que vivieron ardiendo en nobles
ideales;

humanistas que dieron luz al mundo;
campesinos que cometieron el delito de
fecundar la tierra;

hispano,
humano,
mujeres madres, orgullo de la estirpe;
niños puros;
ancianos venerables;
lo mejor y más noble del pensamiento
lo mejor y más noble del sentimiento
muriendo de miseria,
hambre,
dolor,
angustia,
tristeza
y desesperación,
entre barro y arena,
estiércol y pingajos,
blasfemias y desprecios,
vendavales de golpes
y huracanes de odios.

erguirse;
horror;
Esqueletos vivientes que caen para no
pensadores que mueren en el vacío del
ayes que perforan las noches tenebrosas;
llamadas de madres que abandonan el
mundo sin besar a sus hijos;
aullidos de locuras,
remolinos de pasiones y dolores, de
silencios y amargas, de congojas e iracundias,
de pensamientos que no pueden volar y de pedazos
de sentimientos rotos:
caos,
confusión:
mutismo,
locura,
desesperación:
muerte en el dolor,
muerte en el horror.

En la selva calcinada,
los muñones de árboles,
carcomidos,
renegridos,
pero erguidos,
conservan, como signo de protesta o
maldición,
el color del carbón;
en los campos
(cementorios:
carne humana
despreciada,
maldecida,
pisoteada,
envilecida),
el color
es el color sin color de la criatura
humana

vuelta tierra,
hecha ceniza
por el odio
impiadoso,
implacable,
milenario,
zoológico,
del bruto de las cavernas convertido por
la ley de los cañes en sayón,
y horas y días y años,
y sueños y llantos y risas,
y cuerpos y tierra:
el tiempo y la vida,
se funden, confunden y amasan
en noche espantosa,
de horror.



VI

Permitidme que lllore, compañeros, que
lloro de alegría y de emoción:
de alegría...
por El,
porque El se ha salvado
y con El el amor;
y de angustia...
por Ellos,
por nuestros compañeros,
por los que se quedaron,
por los que perecieron.

Miguel Giménez Igualada

México y mayo 1944

